

IX

El cazón no tenía espinas, por lo que no había tantos desperdicios en los platos dispersos sobre la larga mesa y entre los cristales engrasados de las copas en las que aún quedaban unas pocas gotas de vino blanco. Las paneras estaba vacías y había migajas por doquier, las cuales crujían cada vez que alguno de los comensales apoyaba su vaso de agua o movía un cubierto en la superficie del mantel de tela beige, cuyas manchas denotaban un uso prolongado. Todos los presentes coincidieron en que la cena había estado “deliciosa” y que Franco debería dedicarse, ahora que ya había vendido la hostería, a ser un cocinero de autor o algo parecido. Pero él solo se limitó a calificar de “fácil y rápida” la receta utilizada.

“Un poco de ajo, perejil, limón, aceite de oliva y sal, y listo. Muy sencillo”, resumió el *chef* ante las felicitaciones de sus viejos amigos, con los que se disculpó por no haberse encargado él personalmente del postre y haber tenido que pedir *delivery* de helado, lo que deleitó a los hijos de Jorge que terminaron quedándose dormidos sobre el sillón ubicado en la recepción ante la atenta mirada de Paula, su madre que los cuidaba de cerca, mientras que a varios metros de distancia el padre de los chicos charlaba con el anfitrión, Pedro, Violeta, Claudia y Sabrina. El primero de ellos estaba sentado en la cabecera de la mesa y el resto a su alrededor, al tiempo que Laurita ya se había ido a jugar *on line* a la habitación, y Gustavo, el esposo de Sabrina, directamente se había quedado en el dúplex porque los hijos de la pareja se quejaban de una congestión nasal y no quería que se resfriasen con la lluvia que esa noche caía torrencialmente, aunque la temperatura ambiente no había variado demasiado y se mantenía templada, una situación poco común cuando se producían abundantes precipitaciones acompañadas de fuertes ráfagas en esa época del año.

-Así que, Jorge, ahora te dedicás a dar clases y a trabajar desde tu casa, ¿no? - preguntó Pedro, quien estaba ubicado a la derecha de Franco, enfrente del interrogado.

-La realidad es que hace rato ya que enseñó en la Facultad y monté mi oficina en mi propia casa -respondió Jorge, cuyos ojos cansados apenas se podían visualizar detrás del grueso marco negro de sus anteojos rectangulares-. No me quedó otra -agregó y luego bebió un largo sorbo de su café.

-Lo bueno es que tu mujer no te puede criticar que te llevas el trabajo a tu casa porque trabajás en tu casa -bromeó Franco, quien decidió abrir una nueva botella de vino.

Jorge era ingeniero en Informática, se había graduado con honores en la Universidad Nacional y en el apogeo de su carrera profesional, hacía unos once años, un ex compañero de estudios lo convenció, después de mucho insistir, en volverse su socio y abrir juntos un cibercafé, por entonces un negocio que desde finales de los 90' estaba muy de moda en el mercado. Pero en una década las visitas a los *ciber* se redujeron un 75 por ciento debido a que se masificó el acceso a Internet desde los hogares particulares y más tarde desde los aparatos móviles. Por ello, los comerciantes del rubro debieron cambiar y combinar el *ciber* con el locutorio para poder seguir existiendo. “Al principio había más computadoras que cabinas telefónicas, después fue al revés”, explicó Jorge y precisó que lo que no se modificó con el paso de los años fue el perfil del cliente más regular: estudiantes secundarios y turistas extranjeros. Los primeros buscando juegos en red; los segundos, una conexión rápida y más barata que la que les ofrecía su compañía de telefonía celular internacional.

Al momento en que Jorge abrió su local junto a su socio, en el centro comercial de su ciudad había otros 30 *ciber*, por lo que la competencia fue feroz. “Hoy no hay más

de cinco”, señaló y, en ese sentido, agregó que la cantidad de usuarios que se conectaban desde sus casas se había cuadruplicado.

-Antes, los clientes podían pasar horas dentro del *ciber*. Ahora van, envían un correo, hacen una llamada, chequean su Face y se van. Todo en dos minutos -indicó el ingeniero, abatido.

-Bueno -intervino Pedro dejando su copa sobre el mantel-, antes la conexión era mucho más lenta y eso hacía que el usuario pasara más tiempo delante de la computadora, ¿o no?

-Sí, eso es cierto. El avance tecnológico fue tan rápido y radical que no tuvimos el tiempo suficiente para mejorar la calidad de las máquinas que ofrecíamos.

-La tecnología actual es increíble -acotó Sabrina-. Y eso que nosotros, en esta parte del fin del mundo, seguimos atrasados en comparación con otros países más desarrollados.

-Tal cual -asintió Jorge-. Fijense en el sistema *Wi Fi*. Ahora te podés conectar desde prácticamente cualquier lado y los comercios lo utilizan para atraer más clientes.

-Como los bares -señaló Franco-. No sólo te ofrecen el acceso gratis sino que también te invitan un café para que te quedes más tiempo.

-Eso fue letal para los *ciber* porque dejaron de ser locales especiales y se perdió toda una cultura que en un momento llegó a ser un fenómeno social.

-¿Para tanto Jorge? -preguntó Claudia.

-Sí, Clau. ¿O no te acordás que en el *ciber* organizábamos torneos de juegos en red que podían llegar a durar casi todo el día y reunían a mucha gente? Y eso ya no pasa en ningún local.

-Sí, me acuerdo -sostuvo Claudia y luego acercó su copa vacía hasta la botella ubicada junto a la mano de Franco, quien inmediatamente la llenó.

Por su parte, Violeta ya había acabado con el vino y el café, y bebió un poco de agua fresca para calmar la acidez. Hacía rato que guardaba silencio y escuchaba con atención la charla que giraba en torno a Jorge, aunque el tema le aburría bastante.

-¿Estás bien, Viole? -preguntó Pedro, otro de los que seguía bebiendo vino blanco, aunque a él prefería más el tinto.

-Sí -respondió ella, seria-. Me quedé pensando en el fenómeno de los *ciber*. Nada más.

-¿Y en qué pensabas exactamente? -preguntó Jorge.

-Que más allá de los cambios tecnológicos debieron haber otras razones para que el negocio se cayera tan abruptamente.

-¿Cómo cuáles?

-Creo que como ocurre en todo tipo de negocios, si hay un fracaso se debió también a algún error de parte de los encargados de los mismos -explicó Violeta mirando al ingeniero y levantando el entrecejo-. Calculo que vos y tu socio algo mal habrán hecho para contribuir a la caída.

-Seguro -Jorge levantó su mano derecha hasta a altura de su parietal derecho como una forma de acentuar que coincidía con la reciente afirmación de la mujer-. La mayoría de los dueños de *ciber* nos equivocamos al pensar que era un negocio chico, que no requería grandes habilidades de administración y que bastaba con tener un empleado que atendiera al público y un técnico que encargara del mantenimiento de las máquinas.

-¿En tu caso fue así?

-Más o menos. Yo era el encargado de la cuestión técnica, pero no me alcanzaba el tiempo ni los recursos para resolver todos los problemas que las máquinas tenían permanentemente.

-¿Y tu socio? -insistió Violeta.

-Él se encargaba más de la atención al público y era, de los dos, el que más horas se pasaba dentro del local porque yo tenía que dar clases en la Facultad. Entonces se fue generando como un especie de efecto de la manta corta: si se le dedicaba mucho tiempo a lo técnico se descuidaba al cliente y viceversa.

-Como cuando jugás a la pelota -intervino Franco, cuyas mejillas sonrojadas revelaban cierto exceso en el nivel de alcohol en sangre-: si atacás mucho, te descuidás en defensa y si defendés demasiado no llegás al arco de enfrente.

Pedro largó una carcajada porque él había pensado en la misma comparación aunque no se había animado a decirla en voz alta por vergüenza a como iban a reaccionar los demás involucrados en la charla, especialmente las mujeres, quienes no simpatizaban con el fútbol. Sin embargo, estas respondieron con una sonrisa.

-Para mí -retomó Sabrina-, el servicio es crucial para un *ciber* y no sólo a la hora de atender al cliente sino también para generar un ambiente agradable, limpio, con instalaciones en buen estado, con una linda decoración y música funcional, por ejemplo.

-Yo pienso igual -coincidió Violeta.- Si había algo que me molestaba de algunos *ciber* era cuando se convertían en un lugar oscuro, con olor a humo de cigarrillo y esos ruidos molestos que salían a todo volumen de los juegos de las computadoras.

-Justamente, lo que mi socio y yo siempre tratábamos de lograr era mantener el mejor clima posible porque a la gente grande generalmente se enojaba cuando iba a hacer algún trabajo y había muchos chicos jugando y gritando.

-Y fumando, tomando y comiendo a escondidas -agregó Sabrina-. Lo he llegado a ver en los baños de algunos locales.

-Es cierto. Muchas veces pasaba eso y teníamos que prohibirle la entrada a esos chicos porque nos terminaban ahuyentando a la clientela -recordó Jorge-. Pero bueno, eso era uno de los gajes del oficio y, en mi caso, no afectó tanto el negocio.

-¿Entonces qué fue? -preguntó Pedro adoptando un gesto serio.

-Creo que fue una combinación de todas las cosas que hemos hablado pero, sobre todo, que no teníamos suficiente dinero para invertir en un mejor *hardware*. Todo el tiempo saltaba al mercado alguna novedad y por ahí ibas a comprarla pero al mes siguiente surgía otro producto nuevo que superaba al anterior.

-Era una carrera imposible de ganar -opinó Claudia.

-Y así, resultaba prácticamente imposible tener computadoras que no se colgaran cada cinco minutos e hicieran que el cliente se fuera. De todos modos, la razón principal del fracaso de mi negocio fue el cambio en las formas de conexión. Internet era el corazón del *ciber* y cuando intentamos mantener los precios relativamente bajos para lograr mayor competitividad nos terminamos de morir.

-¡Qué cagada, loco! -expresó Franco tratando de recobrar cierta lucidez.

-Son cosas que pasan. Los negocios son así: a veces te va bien y otras mal. Hay que arriesgarse -indicó el ingeniero.

-Sinceramente, no te consideraba una persona que asumiera tantos riesgos -sostuvo Pedro.

-Y ése no fue el único riesgo que tomé en mi vida. De joven llegué a ser bastante más valiente que ahora. ¿O no Clau?

-Que se yo.

-¡¿Cómo `qué se yo`?!

-No sé. Supongo que te referís a lo del 19 y 20 de diciembre... -el gesto en el rostro maquillado por demás de Claudia dejó entrever que a ella no le interesaba

escuchar esa historia, aunque el ingeniero decidió contarla igual ya que el resto de los presentes no la conocía.

A finales de 2001, Jorge cursaba sus últimas materias de la carrera y militaba en el Centro de Estudiantes, por lo que junto a varios de sus compañeros se sumó a las protestas callejeras contra el cuestionado Gobierno Nacional de aquel entonces y terminó siendo testigo presencial de la represión policial que provocó la muerte de cinco manifestantes y heridas a más de cien. Y trece años después de esos acontecimientos (la Justicia, en ciertas ocasiones, como esta, puede llegar a ser extremadamente lenta), el ingeniero tuvo que declarar en el juicio oral.

-Nunca me había rebelado ante la autoridad como en esos días y, al mismo tiempo, jamás volví a sentirme más cerca de la muerte -recordó Jorge.

-No te imagino en medio de ese quilombo -indicó Franco, más despabilado ya que se había acabado el vino.

Faltaba un día para el comienzo formal del verano pero, al igual que la anterior, se trató de una jornada de sol a pleno y con altas temperaturas, una combinación difícil de tolerar con los típicos nervios y estrés de fin de año y en pleno centro de la ciudad, donde siempre rige la dictadura del cemento que aplica sin misericordia la ley de la selva. Los ánimos ardían como la superficie de las calles que desde temprano comenzaron a poblarse de manifestantes, en su mayoría jóvenes e integrantes de distintas organizaciones políticas, sociales y de derechos humanos.

Unas 24 horas antes, el epicentro de las protestas había sido el conurbano, donde los saqueos a los supermercados se propagaron como un virus informático aunque en vez de ser promovidos por un *hacker* fueron impulsados, desde las sombras, por “punteros” políticos opositores. Tras esos disturbios, que se pudieron seguir en vivo y

en directo por los canales televisivos de noticias y que fueron protagonizados por los sectores más humildes, hubo una noche igual de agitada en la que sonaron las cacerolas en manos de una minoría perteneciente a los estratos socioeconómicos superiores. Recién entonces, renunció el ministro de Economía, responsable de una política que toda la comunidad, tanto los ricos como los pobres, rechazaba rotundamente, y se declaró el estado de sitio, lo que disparó los rumores en distintos barrios del área metropolitana sobre una masiva rebelión popular que iba a acabar con la propiedad privada. Y ante esta inminente “revolución”, las agrupaciones vecinales montaron hasta el amanecer una serie de barricadas con guardias permanentes en las esquinas que consideraban más conflictivas para proteger los hogares y comercios.

En ese marco de temor y desconcierto, el 20 de diciembre arrancó como un día hábil más para la gran mayoría de las personas que vivían, trabajaban y/o estudiaban en la Capital Federal. Pero lentamente, el clima de tensión fue aumentando, al igual que el número de policías custodiando la Casa de Gobierno, de un lado, y los manifestantes que desde la madrugada habían copado la plaza frente a la misma, del otro. Mientras tanto, algunos ciudadanos prefirieron quedarse en sus casas, mirando los noticieros y tomando sol al lado de una pileta, con la idea de descansar y llegar bronceados a la Navidad. Esta especie de aislamiento de determinado sector de la población también se acentuó debido a que se multiplicaron las calles cortadas y se redujo al mínimo el transporte público, por lo que trasladarse hacia o desde la ciudad resultaba prácticamente imposible y ciertamente peligroso.

Alrededor de las 11, el subcomisario Oscar Bissone arribó a la puerta de la sucursal 1 del Banco Británico, ubicado sobre la avenida principal, a dos cuadras de la plaza, para patrullar, según él, de manera “preventiva” ante la presencia de una cantidad en constante aumento de manifestantes que tomaban ese camino hacia el Este hasta

llegar al frente de la Casa de Gobierno, el punto de encuentro histórico para cualquier protesta social y política.

Este policía declaró como imputado en el juicio y afirmó que él tuvo “un excelente desempeño” dentro de la fuerza y que por ello lo habían “premiado” asignándolo a diversos destinos en todo el territorio nacional hasta que llegó a ser el segundo jefe de la seccional con jurisdicción en los alrededores de la plaza.

Según el acusado, a las 14 observó que los manifestantes se enfrentaban con el personal de Infantería que les arrojaba gases lacrimógenos en medio de la avenida, por lo que le dijo a sus subordinados que debían retirarse del lugar porque ellos no contaban con “el material anti disturbios necesario para estos casos”. Entonces, este grupo de policías se alejó dirigiéndose hasta la puerta del banco.

Bissone contó que cerca de las 16, un gran número de manifestantes intentó ingresar a la sucursal bancaria, por lo que ordenó a los efectivos y empleados que aún quedaban en el hall que despejaran ese sector y se dirigieran al subsuelo desde donde él dijo escuchar numerosas detonaciones de arma de fuego durante unos “cuatro o cinco segundos seguidos”, tras lo cual, decidió bajar para ver qué ocurría.

“No vi ningún herido frente al banco”, afirmó el acusado respecto del lugar donde Gabriel Banegas cayó muerto de un balazo. La víctima, de 23 años, había salido un rato antes del supermercado situado a pocas cuadras, en el que trabajaba como repositor y que había sido saqueado, a raíz de lo cual él creyó que lo iban a echar de su puesto, por lo que decidió sumarse a las protestas callejeras.

Sin embargo, el subcomisario dijo que él no encubrió a nadie y que se comunicó con sus superiores para notificar sobre los disparos. Y que desde la Dirección General de Operaciones le indicaron que debía dirigirse a la plaza, orden que cumplió inmediatamente después. Luego aclaró que recién se enteró que había habido un muerto

frente al banco cuando a la noche vio las noticias por televisión, al igual que lo hizo la familia de Banegas que vivía fuera de la Capital.

“No estuve en el momento de los disparos, no pude ni prevenirlos ni sé qué los motivó”, explicó Bissone y, por último, destacó que él no conocía a ningunos de los empleados ni el encargado de seguridad del banco, a los que dirigió sus sospechas.

Por su parte, los cuatro vigiladores privados de la entidad bancaria que se encontraban en el hall de la sucursal negaron haber sido ellos quienes dispararon y todos coincidieron en que los tiros se produjeron cuando los policías ya estaban en el lugar. Estos cuatro testigos también aseguraron que cuando escucharon las detonaciones se escondieron y que cuando pasó el tiroteo vieron a los efectivos policiales levantar casquillos del piso donde ninguna autoridad de la fuerza ordenó cuidar la escena del crimen.

Uno de estos vigiladores, que al momento del hecho tenía 20 años y trabajaba 12 horas por el sueldo mínimo, declaró que la situación en el hall fue “extremadamente complicada” y que “en los días posteriores, en el banco se comentaba que los que dispararon fueron los policías”.

Otro de los custodios detalló que alrededor de las 16.25, él se encontraba junto a los ascensores y escuchó a los policías gritar “¡ahí entran!, ¡ahí entran!”, en referencia a los manifestantes, y que momentos después se produjo el estruendo de “entre ocho y nueve disparos”.

A pesar de los datos aportados por estos testigos, la investigación por el crimen de Banegas apuntó en un comienzo al personal de la sucursal 1 y durante la instrucción de la causa la Justicia imputó como autor del homicidio al jefe de Seguridad de ese banco, José Varela, aunque luego, dado que las pruebas incorporadas al expediente resultaron insuficientes, se lo acusó de un delito menor, como el de “abuso de armas”.

Con esa imputación llegó Varela a juicio, instancia en la que declaró que él recién se presentó en el hall de la sucursal cuando los incidentes ya habían terminado y también negó haber estado en la esquina del banco donde se produjeron los primeros enfrentamientos entre los manifestantes y los policías.

Este acusado admitió que durante los incidentes él permaneció en el centro de monitoreo y filmación de la sucursal, ubicado en el subsuelo del edificio y al que llegaban las imágenes captadas por las distintas cámaras de video de la entidad.

Consultado sobre qué hizo cuando finalmente subió al hall del banco, Varela dijo que le “llamó la atención la cantidad de impactos de bala en los vidrios”, que permaneció allí hasta la noche, cuando llegó desde la casa matriz el gerente general de la entidad, a quien le brindó un informe sobre las condiciones en las que había quedado la sucursal atacada, y que recién cuando regresó a su domicilio se enteró a través de los medios de comunicación de la muerte de Banegas.

La presencia de Varela en el mencionado centro de monitoreo y filmación del banco fue confirmada en el debate por Lucas Conte, quien trabajaba como operador del sistema informático que funcionaba allí. Este testigo recordó que desde el subsuelo, él primero escuchó los golpes en el vidrio seguidos por una serie de disparos y a los manifestantes que gritaban “¡asesinos, asesinos!” a los policías refugiados en el hall.

Sobre la autoría de los disparos, Conte dijo no tener certeza pero aclaró que sus compañeros de trabajo en la sucursal le contaron luego que habían sido los efectivos policiales los que tiraron.

Recién con la declaración del ex agente Martín Suárez se reforzaron las pruebas contra los efectivos ya que este testigo contó que vio al subcomisario Bissone disparar contra los manifestantes desde el hall de la sucursal. “Las cosas se descontrolaron en la calle y él, como nuestro superior inmediato, nos llevó hasta el interior del banco. Y en el

momento en que intentaban romper el vidrio, el jefe se desabrochó el saco, extrajo su pistola y les dijo `les voy a tener que tirar` mientras les apuntaba”, recordó.

Suárez indicó que los primeros disparos efectuados por Bissone generaron una “reacción en cadena” entre los demás efectivos que comenzaron a tirar “a discreción” hasta que el subcomisario les impartió la voz de alto y les ordenó que “juntaran las vainas que habían quedado en el piso”.

El testigo añadió que tras levantar las vainas la orden fue salir de la entidad y cuando él lo hizo le llamó la atención “un gran charco de sangre” que observó junto a la puerta, donde justamente había caído baleado el joven Banegas.

Unas cuatro cuadras al oeste de esa escena del crimen, en la esquina de la avenida principal y la salida de la penúltima estación del subterráneo (el final del recorrido era en la plaza pero esa terminal estaba cerrada por los primeros incidentes), se produjeron más choques violentos entre los policías desplegados por distintos lugares de la Capital y otros manifestantes que pretendían llegar a la plaza y que ya se habían enterado de la represión en inmediaciones de la misma.

“Había gases lacrimógenos que no te dejaban respirar, corridas y empujones”, recordó al declarar en el juicio una periodista de un canal de noticias que estuvo realizando la cobertura de los hechos desde el lugar de los mismos, donde otros cronistas de otros canales directamente se quedaron a bordo de los móviles para resguardarse. La testigo recordó que vio un grupo de manifestantes arrodillarse en el piso y levantar las manos en señal de rendición cuando pasó por delante de ellos una brigada de policías en motos que les apuntaba a la cabeza. “En un momento se produjo un ruido tremendo, un tiroteo infernal que hizo que nos tiráramos boca abajo en el suelo y nos cubriéramos la cabeza”, señaló.

La periodista indicó que cuando acabaron los disparos se puso de pie y vio a un hombre tirado en la plazoleta del bulevar que separa ambas manos de la avenida. “No se levantó después de que terminó la balacera y tuve la sensación de que ya estaba muerto”, dijo sobre la víctima que luego sería identificada como Darío Lamarca, otro de los fallecidos a causa de la represión policial, cuya hermana declaró también en el juicio y contó que él había ido solo a protestar a la plaza y que fueron sus amigos los que lo reconocieron en una foto publicada en un diario del día después, tras lo cual, se dirigió con su madre a identificar el cuerpo a la Morgue donde, en un primer momento, no quisieron entregarle los restos y sus pertenencias porque no tenían el DNI de él, el cual se encontraba en uno de los bolsillos del pantalón ensangrentado que los forenses le habían retirado al cadáver.

A pocos metros de donde Lamarca resultó baleado, otro muchacho, Gabriel Ríos, recibió disparos de parte del personal policial y cayó de su moto con la que trabajaba como mensajero y se había sumado a las protestas callejeras. En ese sentido, un ex policía que había participado de las manifestaciones del 19 de diciembre junto a su familia y que el 20 decidió ir solo porque la situación era “más que compleja” contó que él fue quien levantó a Ríos de la avenida y lo cargó hasta la vereda de la estación del subte para que lo asistieran de un balazo de plomo en pecho.

María, la viuda de Ríos, declaró que ella esperaba en su casa, como todas las tardes, a que su marido llegase de trabajar desde el centro de la ciudad cuando lo vio herido por uno de los canales de noticias. Entonces comenzó a realizar una serie de llamados, primero al celular de él, pero el móvil estaba apagado. Luego a la mensajería donde trabajaba y al Servicio de Emergencias Médicas (SEM), donde le dijeron que no estaba en ninguna lista de pacientes por lo que debía estar tranquila y aguardar que volviera.

La mujer contó que recién alrededor de las 20, el jefe de su marido la llamó y le indicó que había encontrado Ríos en el Hospital Central de la Capital y si bien sabía que estaba muerto no se lo dijo. Fue una psicóloga de dicho centro asistencial la que finalmente le confirmó la muerte de su pareja. “Hasta ese momento tenía la esperanza de que estuviera herido, nada más”, recordó y agregó que la última vez que vio con vida a su marido fue la noche del 19 de diciembre, cuando comentaron lo que pasaba con los saqueos y los cacerolazos mientras miraban la televisión. “Hay que salir a manifestarse”, le había dicho él durante la cena.

Por último, la viuda dijo que tardó un año en localizar al reportero gráfico que había fotografiado a su marido baleado y que éste luego se presentó en la causa y aportó las tomas que había realizado al expediente judicial.

Junto al cuerpo ensangrentado de Ríos quedó retratado en una de esas fotografías publicada al día siguiente en un matutino de tirada nacional Facundo Ruíz, quien con el torso desnudo y los pantalones remangados intentó auxiliar a la víctima. Este testigo declaró que aquella tarde él decidió sumarse a las manifestaciones luego de ver los incidentes por televisión. Entonces, abordó un tren hasta la Capital y luego el subterráneo hasta la esquina de la avenida y la penúltima estación. Al arribar allí advirtió el olor a gas lacrimógeno en el aire y la presencia de “muchísimos policías” en la calle. “Quería llegar a la plaza pero era imposible pasar”, relató.

Ruíz indicó que a pesar de ello intentó moverse entre la muchedumbre y a los pocos metros sintió un fuerte dolor en una pierna. “Pensé que era un cartucho de gas, me vi el pantalón, tenía un agujero, sangre y no podía caminar. Entonces, alguien me dio una botella de agua para que me limpiara”, precisó el testigo y afirmó que “la bala era de plomo y salió de donde estaba la Policía”.

“Estaba dolido por la situación, todo lo que pasaba me generaba más bronca, más ganas de manifestarme”, expresó Ruíz quien logró acercarse hasta el frente del Banco Británico en momentos en que se produjo el crimen de Banegas. “Vi como unos chicos le pegaban al vidrio del edificio con un cartel de señalización de la calle. Y cuando lo rompieron, vi una mano con un arma y me di vuelta para correr. Al segundo escuché una balacera tremenda”, detalló.

El testigo contó que tras los disparos se acercó hasta donde yacía Banegas, que “los policías no asistieron a ninguno de los tres heridos” que él alcanzó a ver y concluyó que recién a las 23 fue con un amigo hasta un hospital para ser asistido de su herida en la pierna.

Al igual que Ruíz, Diego Alvarez también resultó baleado en uno de sus miembros inferiores al quedar atrapado en las corridas entre la esquina de la avenida y la estación de subtes y el banco cercano a la plaza. En aquel entonces, trabajaba disfrazado de Papá Noel en una empresa de publicidad del centro de la ciudad y cuando llegó hasta allí le dijeron que las actividades estaban suspendidas, por lo que decidió regresar a su casa, en el conurbano, para lo cual tenía que tomar un subte hasta la estación de trenes. Pero al llegar a la avenida, la misma estaba intransitable.

Eran las 14.30 cuando el testigo dijo haber visto los primeros policías que pasaban por el lugar a bordo de motocicletas y se quedó allí “para ver qué pasaba”. Así fue que presenció cómo los manifestantes se defendían a pedradas de las balas de gomas disparadas por los efectivos.

Alvarez estaba sentado en un macetero de la plazoleta sobre el bulevar cuando sintió un impacto en la parte interna de su pierna izquierda. “Me dolía pero me di vuelta y vi que esa ráfaga de tiros le había dado en el cuello a un chico, que después supe que

era Lamarca”, recordó y agregó que a la distancia también alcanzó a ver como Ríos caía baleado de su moto y luego varias personas lo rodearon para asistirlo.

“No tenía pensando formar parte de la manifestación pero después de esto quería llegar a la plaza y protestar”, sostuvo el testigo que alcanzó a llegar hasta inmediaciones del Banco Británico justo cuando escuchó “una gran cantidad de tiros” que, según él, salieron del interior de la sucursal. “Balearon a una persona en un glúteo, otro de los disparos mató a Banegas y al ver eso pensé que si no me iba de ahí sería el próximo al que asesinarían”, relató.

Ante esa situación, Alvarez caminó de regreso hacia la estación de subtes pero antes de arribar sintió otro balazo, también en la pierna izquierda. A pesar del dolor, el herido logró arribar a pie a la terminal ferroviaria, situada unos tres kilómetros al sur, donde abordó una formación en la que viajaban otras víctimas que huían lesionadas de la ciudad, y una vez que llegó a su casa, su mujer lo acompañó hasta el hospital local en el que los médicos lo asistieron y le dijeron que las lesiones habían sido provocadas por proyectiles de plomo, los cuales quedaron alojados en su cuerpo.

En una calle diagonal que cruzaba la avenida principal, a una cuadra de la esquina con la estación de subte, había otro grupo de manifestantes que rodeaba una fuente de agua que se levantaba sobre una de las veredas lo suficientemente ancha para que cupiera una gran cantidad de personas, entre ellas, Alejandro Martínez, Paola Simón y Mariano Gallo. Estos utilizaban la fuente como una especie de escudo protector y, a la vez, para humedecer sus prendas de vestir ante la alta temperatura y, principalmente, los efectos de los gases disparados por los policías.

Simón había estado en su casa ubicada en el corazón del conurbano, estudiando para un examen que debía rendir en la Facultad y viajó a la Capital porque había acordado con su novio, Facundo Quiroz, encontrarse en una librería céntrica para luego

sumarse a las manifestaciones. La mujer contó que cuando bajó en la terminal de trenes ya podía sentir el olor a los gases lacrimógenos y que decidió ir hasta la Casa de Gobierno porque estaba “indignada” con lo que estaba sucediendo en las últimas horas en todo el país.

Al emprender el camino hacia el punto neurálgico de la manifestación, la pareja advirtió que la situación era de “extremo peligro”, por lo que prefirieron quedarse sobre la vereda de la diagonal que cruzaba la avenida. Desde allí, la víctima contó que escuchó una “frenada” y vio al menos “dos autos” que se detuvieron en la mano de enfrente de la avenida y que de los mismos descendieron “varias personas vestidas de civil, una de las cuales, con un arma larga, realizó un tiro al aire y luego hizo un gesto en semicírculo con el pertrecho, como una barrida de disparos”.

“Me di vuelta para huir y ahí sentí un dolor muy fuerte, como un pelletazo en la espalda y con mi novio alcanzamos a resguardarnos en un puesto de diarios mientras la balacera continuaba”, describió Simón durante el juicio y agregó que en ese momento ella “no podía respirar ni caminar”, por lo que su pareja la tuvo que sacar de allí por sus propios medios.

La víctima indicó que su novio la cargó hasta la entrada de un edificio desde donde llamaron a una ambulancia que luego la trasladó hasta un sanatorio privado de la Capital en el que los médicos constataron que presentaba un balazo de plomo en la espalda que le había atravesado la columna vertebral y fracturado dos costillas.

“En la mochila que llevaba aquel día quedaron unos pañuelos y un *walkman* rotos por el balazo y en el fondo mi novio encontró un proyectil igual al que me quedó alojado en la espalda”, añadió Simón, quien tras recuperarse de la lesión se radicó en el extranjero donde trabajaba como fotógrafa.

Por su parte, Quiróz contó que él primero había estado solo en la plaza, donde realizó unas fotografías para un trabajo práctico de la Facultad de Periodismo en la que estudiaba y que allí escuchó a un hombre de civil que decía por *handy*: “Limpien el lugar a fondo. Que no quede nadie”, tras lo cual, los policías a caballo embistieron contra los manifestantes amuchados contra las vallas de hierro que protegían el perímetro de la Casa de Gobierno. Luego, él se retiró de ese sector y fue a encontrarse con Simón y coincidió con ésta en que al llegar a la diagonal vio como desde dos autos particulares descendían efectivos vestidos de civil y fuertemente armados.

“Cuando vi a uno que apuntaba con una escopeta hacia donde nos encontrábamos di media vuelta y empecé a correr con mi novia de la mano”, recordó Quiróz y añadió que cuando ya se encontraba en el sanatorio donde asistían a Simón un policía se le acercó y le preguntó quien le había disparado, a lo que él le respondió: “Fueron ustedes. ¡Hijos de puta!”

Mientras Simón y su novio alcanzaron a guarecerse de los disparos policiales detrás del puesto de revistas, Gallo cayó baleado en plena diagonal y fue auxiliado por un taxista que pasaba por el lugar y lo cargó en su vehículo, a bordo del cual lo llevó hasta el hospital más cercano. Esta víctima contó en el debate que él había viajado temprano desde su domicilio, también en el conurbano, para sumarse a las manifestaciones junto a un grupo de amigos. Primero estuvo en el Congreso y luego en la plaza hasta que desde allí los desalojó la Policía Montada. Entonces, decidió quedarse en el cruce de la avenida y la diagonal. “Estábamos sentados en el cordón de la vereda cuando llegaron dos autos y una camioneta. Sus ocupantes apoyaron sus armas en los techos de los vehículos y dispararon directamente contra la gente. Quise correr pero caí al suelo y no recuerdo más nada hasta dos días más tarde”, declaró la víctima, que estuvo internada con pérdida del conocimiento a raíz de las heridas de bala sufridas. Y

en ese sentido, uno de los médicos que lo asistió contó que Gallo había tenido “muchísima suerte” ya que el tipo de heridas que presentaba, según él, “habitualmente se veían en la morgue”.

Alguien que sí recordó con precisión lo ocurrido en esa especie de campo de batalla fue María Pimentel, quien había concurrido a las protestas callejeras junto a Martínez, su marido. “Estábamos por irnos cuando llegaron los tres vehículos desde los que empezaron a tirar. Le grité a Alejandro que tuviera cuidado y cuando me di vuelta lo veo que se sube a la vereda y cae herido al suelo. Entonces corrí hasta los policías que le habían tirado para pedirles ayuda pero ellos se fueron enseguida”, relató la mujer y agregó que, ante la demora de la ambulancia, ella consiguió que un automovilista llevara a su esposo hasta el hospital más cercano, donde constataron el fallecimiento de la víctima.

Esta testigo fue clave para la causa ya que durante la etapa de instrucción participó de una rueda de reconocimiento de sospechosos en la que identificó a varios de los autores de los disparos. “Los podría haber reconocido a todos pero cuando me los pusieron enfrente estaba agotada, fundida, ya que me habían citado a las ocho de la mañana y recién me atendieron a las siete de la tarde. Y en todas esas horas no me dieron de beber ni comer. Una tortura”, recordó Pimentel, quien al momento en que mataron a su marido estaba acompañada de una amiga suya, la abogada Silvia Giménez.

La letrada declaró que vio puntualmente como dos o tres policías de civil que se movilizaban en uno de los autos, de color blanco, dispararon “numerosas veces” hacia donde se encontraba Martínez. “Yo estaba con María arriba de la vereda y Alejandro en medio de la calle. Le grité a él ‘¡están tirando!’ y después lo perdí de vista porque la gente empezó a empujar y a correr. Cuando lo volví a localizar cayó herido sobre mis

piernas. Yo le hablaba pero él no me contestaba. No sabía si estaba vivo o muerto”, dijo Giménez en una de las audiencias del debate más largas del proceso.

En el grupo de Martínez, su esposa y la amiga de ésta también se encontraba Julio Miraballe, un vecino de dicho matrimonio que lo había llevado a hasta la Capital a bordo de su auto, el que dejó en un estacionamiento privado cercano a la esquina donde se produjeron los disparos. “Los policías tenían una actitud sumamente peligrosa, así que tuve miedo de lo que podía pasar, por lo que regresé hasta donde estaba mi coche. En el camino escuché los disparos y vi las corridas, y supuse que algo grave había ocurrido cuando Alejandro y María no volvieron al estacionamiento”, dijo el hombre y agregó que recién por la noche se encontró con Pimentel en el hospital y ella le informó que su esposo estaba muerto.

Miraballe, quien en ese diciembre estaba desempleado y se había sumado a las protestas porque se oponía a la política económica del gobierno de aquel entonces, añadió que la gente que él vio manifestarse esa tarde era “pacífica”, por lo que no ameritaba que la Policía la corriese a los tiros, con caballos y camiones hidrantes como lo hizo.

Para Gustavo Pérez, un médico del SEM que fue parte del operativo de salud desplegado en el lugar en el que balearon a Martínez, Simón y Gallo, recordó que esa tarde atendió “más de veinte servicios” y que muchos de los manifestantes heridos por balazos de goma se arrojaban dentro de la ambulancia para ser asistidos.

También dijo que se encontraba en el hospital, cambiando un neumático de la ambulancia que se había pinchado, cuando vio que ingresaban a la guardia a un hombre baleado que bajaron de la parte trasera de un vehículo particular. “Estaba todo ensangrentado y con la respiración agónica, mientras una mujer iba a su lado pidiendo ayuda a los gritos. Después me enteré que se trataba a de Martínez”, declaró.

Por el crimen de Martínez y las lesiones en perjuicio de Simón y Gallo fueron juzgados un total de diez policías, varios de los cuales, aceptaron declarar en el juicio y no se remitieron únicamente a sus respectivas indagatorias incorporadas al expediente durante la etapa de instrucción.

Cristian Lopena era subcomisario al momento de los hechos por los que pasó más de cuatro años en prisión aunque llegó libre al juicio ya que se vencieron los plazos de su prisión preventiva sin sentencia firme. En el debate, este imputado se declaró inocente y atribuyó la acusación contra él y los demás efectivos procesados a un “peritaje repleto de errores”. Para él, “se modificaron pruebas” para perjudicarlos y ser “entregados” a la Justicia como “chivos expiatorios”. También indicó que los testigos se “confundieron” al señalarlo a él y concluyó: “Fui monaguillo, líder de los *boy scout*, acreedor de varios premios por mis reiterados actos humanitarios en bien del prójimo, así que estoy muy dolido por la acusación en mi contra.”

Pero Lopena no fue la máxima autoridad de la brigada de policías que fue acusada del crimen de Martínez y las lesiones de Simón y Gallo. Esa persona fue el entonces comisario inspector Osvaldo Olivieri, quien en su descargo dijo que el 20 de diciembre su misión fue “recorrer distintos puntos de la ciudad para controlar el ingreso de manifestantes provenientes del conurbano y proteger las principales oficinas estatales, además de otros puntos fijos estratégicos como la embajada norteamericana y las sinagogas”. Y en ese sentido declaró que primero fueron hacia la Casa de Gobierno donde él se puso “a charlar” con las personas que protestaban allí y que después se dirigieron hasta el cruce de la avenida principal y la diagonal en el que los manifestantes los atacaron con “piedras, palos y bombas molotov”, por lo que simplemente los dispersaron con “balas de goma”.

“No puedo creer que esté sentado en el banquillo de los acusados. Hay un grosero error cuando la Fiscalía habla de que hubo un plan para matar gente. Eso no fue lo que pasó”, dijo, por su parte, el entonces auxiliar de Inteligencia de la Policía, Hugo Barrado, quien añadió que sus superiores lo convocaron para integrar la brigada sin tener “noción” de lo que tenía que hacer. “Nunca fui entrenado para el uso de armas de fuego, por lo que no sé repeler una agresión. Mi intención nunca fue matar a alguien y jamás hubiese colaborado con otros para matar”, aclaró el acusado y destacó que los manifestantes que él vio no eran “gente pacífica”.

En similar sentido declaró Sergio Spinelli, otro ex auxiliar de Inteligencia, que dijo que él tampoco había sido entrenado para manejar armas y que era “un simple profesor de Educación Física con un trabajo complementario dentro de la Policía”. Este imputado admitió que les tuvo “mucho miedo” a los manifestantes y que ni siquiera pudo defenderse de las supuestas agresiones de aquellos porque “el aire estaba irrespirable” y “no se veía nada” a raíz de los gases lacrimógenos. “Acusarme de la muerte de alguien es una locura. Entiendo el dolor de los familiares de las víctimas pero que se busque a los verdaderos culpables”, finalizó entre lágrimas.

Quien sí estaba entrenado en el manejo de armas de fuego era el por entonces sargento primero Raúl Jiménez, quien admitió que él salió de recorrida con un arma larga y otra de puño, respecto de las cuales, recordó, los peritajes balísticos demostraron que no habían sido disparadas ese 20 de diciembre. “Se intentó salvaguardar la vida de los compañeros pero el operativo resultó ser un desastre y desorganizado”, afirmó.

Por su parte, el acusado David Graciani trabajaba en el Departamento de Control de Integridad Profesional de la Policía cuando le avisaron que se suspendían los francos por “los acontecimientos de público conocimiento”, tras lo cual, fue asignado como el conductor del auto color blanco que pasó por la escena del crimen de Martínez.

Durante el debate, Graciani identificó a Lopena, Barrado, Spinelli y Jiménez como sus acompañantes a bordo de dicho vehículo aunque aclaró que sus compañeros se defendieron de “una horda de manifestantes” que estaba provocando “un estallido en las calles” donde “el aire era pimienta en los ojos”.

Otro de los integrantes de la brigada pero que se movilizó en otro de los vehículos, la camioneta no identificable, fue el ex oficial principal Horacio Villar, quien sólo se limitó a explicar que él salió del Departamento Central de Policía junto a otros tres compañeros y luego de recorrer varios barrios de la ciudad se dirigieron al cruce de la avenida y la diagonal donde se reunirían con otros grupos de efectivos afectados al operativo. “Fue un día atípico, un antes y un después. No tengo más nada que decir”, declaró.

Según la acusación, los acompañantes de Villar fueron Wado Indarte, quien trabajaba en la Unidad Antiterrorista; Carlos Orozco, inspector del Cuerpo de Operaciones Federales; y César Granada, jefe de servicio externo de dicho cuerpo.

Indarte contó que su tarea principal fue la de “fiscalizar” el accionar de los policías y que en ese marco él vio a los efectivos disparar gases lacrimógenos para “repeler la brutal agresión de los manifestantes”, al tiempo que aclaró que la brigada se movilizó en autos “no identificables” para poder realizar su tarea “de manera más eficaz”.

“Debido a los desmanes no pude observar a ningún agente que cometiera irregularidades o delitos”, afirmó el imputado que resaltó que todos los policías que él fiscalizó utilizaron “postas de goma”.

A su turno, Orozco declaró que el objetivo de colocar las brigadas en el cruce de la avenida y la diagonal era “evitar que más manifestantes llegaran hasta la plaza frente a la Casa de Gobierno”. Este acusado contó que una vez allí, él recibió “una pedrada en

la boca” de parte de uno de los manifestantes, por lo que debió ser llevado hasta el Hospital Policial para ser asistido. Y en cuanto a cómo fue el enfrentamiento dijo que primero utilizaron “un megáfono” para pedirle a la gente que protestaba en la calle se retirara de allí y que luego dispararon gases para “mantener la distancia”.

Mientras que Granada sostuvo que se movieron “en grupos para evitar las agresiones” y admitió que disparó “balas de goma para dispersar a los manifestantes” que se les acercaban. También agregó que en un momento agotaron sus municiones, por lo que debieron dirigirse a la comisaría con jurisdicción en la zona para solicitar más.

Sin embargo, a represión policial no sólo se produjo en la calle sino también en las seccionales en las que alojaron a los manifestantes que detuvieron, entre ellos, Roberto Gutiérrez, quien por la mañana se tomó el colectivo hasta la plaza donde se sumó a las protestas. Según él, fueron los efectivos a caballo los que empezaron a disparar balas de goma sin previo aviso y que él y otros jóvenes les arrojaron piedras para repeler el ataque.

Gutiérrez contó que cuando se lo llevaron a la seccional más cercana le rompieron el labio de una patada y lo alojaron en un calabozo junto a otros cincuenta detenidos, entre los que había menores de edad. “En el calabozo nos volvieron a pegar. Yo estaba todo ensangrentado, al igual que otros compañeros pero recién a la noche nos llevaron al hospital”, recordó el testigo que recobró la libertad al día siguiente.

En la misma celda estuvo alojado Camilo Salas, quien se había sumado a las manifestaciones luego de caminar desde la estación de trenes hasta la plaza frente a la Casa de Gobierno porque no tenía dinero “ni para el colectivo”. Este testigo contó que en el camino vio muchos comercios destrozados y que poco antes de llegar se detuvo en un edificio a beber agua de una canilla. “En ese momento pasó un patrullero desde el que disparaban sin ningún motivo”, relató Salas, que a pesar de tirarse al suelo para

protegerse recibió 22 perdigonadas de posta de goma y luego fue llevado la seccional donde lo golpearon. “Ahora no te la bancás, ¿eh?”, contó que le dijo uno de los efectivos mientras lo agredía físicamente delante de los demás detenidos.

Salas señaló que cuando a la noche lo regresaron del hospital, los policías amenazaron a todos los que estaban dentro de la celda: “De acá ustedes no salen más”. Y a la mañana siguiente, antes de ser liberado, le comunicaron que había sido acusado de “atentado y resistencia contra la autoridad”. Sin embargo, tanto él como los otros imputados en la misma causa terminaron siendo sobreseídos. “Es increíble que nos matemos entre compatriotas. Por suerte, yo puedo contar la historia y quiero dejar en claro que no tuve nada que ver con la política. Soy un simple perejil que sólo quiso ayudar a los más golpeados”, concluyó.

-¿Y vos en dónde estabas? -preguntó Pedro a Jorge.

-Yo estaba con un grupo de compañeros del centro de estudiantes con el que me reuní a la mañana temprano en la Facultad para definir en una asamblea cómo íbamos a participar de las protestas que habían comenzado la noche anterior.

-No estaba al tanto de tu faceta militante -intervino Violeta, quien fumaba en la esquina de la mesa para no molestar al resto con el humo.

-Dejalo que te cuente como se quiso hacer el Che Guevara y casi lo matan a tiros -dijo Claudia sonriendo aunque a Jorge no le causaba mucha gracia el comentario de su hermana ni recordar lo que le sucedió ese día.

Entonces, el ingeniero contó que luego de la asamblea en la Facultad se dirigieron hasta la plaza donde estuvieron poco tiempo porque la gente se ahogaba de la cantidad de gases lacrimógenos que disparaban los policías, cuya intención, claramente, fue la de desalojar el lugar cueste lo que cueste para llevar la manifestación lejos de la Casa de Gobierno. “Nos fuimos corriendo por la diagonal porque la avenida era

intransitable y en un momento me quedé solo”, dijo el ingeniero que siguió caminando hacia el oeste y en el trayecto tomó del suelo una botella de plástico vacía y la cargó con agua que sacó de la canilla de un edificio. Luego caminó hasta el cruce con la avenida donde se reencontró con sus compañeros. “Ahí se hizo una nueva reunión con las cúpulas de los distintos partidos políticos que arribaban al lugar para decidir si avanzábamos o no hacia la plaza”, indicó.

Jorge recordó que él estaba sentado en el cordón de la vereda cuando llegaron una camioneta, un auto rojo y uno blanco del que empezaron a tirar. “Al ver eso empecé a correr y salté la pared de un estacionamiento cercano y me quedé ahí. Cuando terminé de escuchar los disparos volví a ver qué había pasado con mis compañeros y ayudé a cargar a un hombre baleado al asiento trasero de un coche”, dijo.

-No me digas que fue una de las personas que murió -Violeta adoptó un gesto claramente contrariado.

-Sí -respondió Jorge apesadumbrado-. Días después supe que el pobre hombre había muerto en el hospital.

-¿Y qué hiciste después de ayudar a cargar a ese hombre? -inquirió Franco, atento como si nunca hubiese escuchado tantos detalles sobre aquellos días nefastos en los que él estuvo inmerso en los preparativos para el comienzo de la temporada de verano.

Según Jorge, luego de que partió el auto con el hombre baleado (se trataba de Martínez), apareció en el lugar un patrullero del que volvieron a efectuar disparos, por lo que la mayoría de los manifestantes se dispersaron. “Vi el brillo de las armas y me tiré al suelo”, expresó y añadió que él y sus compañeros regresaron a la Facultad donde se reunieron con abogados ya que varios estudiantes que participaron de las protestas

habían sido detenidos y la intención era presentar ante la Justicia inmediatos recursos de hábeas corpus en favor de ellos.

-Terminamos el día recorriendo comisarías y en el Juzgado Federal de turno - concluyó Jorge.

-La verdad que tuviste un Dios aparte -opinó Franco, quien no salía de su asombro.

-¿Y en el Congreso no estuvieron? -inquirió Pedro.

-No pudimos llegar hasta ahí -respondió Jorge, algo más relajado-. Menos mal, porque también hubo incidentes muy graves por allá.

Alicia Huerta era profesora de Historia y el 20 de diciembre, luego de ver por televisión los primeros acontecimientos, decidió ir junto a su novio a manifestarse al Congreso Nacional donde se reunió con otros compañeros del Sindicato Docente. Arribó cerca de las 15 y participó de una asamblea que se llevó a cabo en la plaza ubicada frente a la puerta principal del palacio legislativo. “Después de estar dos horas en la plaza, un grupo de manifestantes quiso ocupar las escalinatas del Congreso y ahí la Policía comenzó tirar gases lacrimógenos sin cesar. Te ardían los ojos, la cara, el pecho”, declaró la testigo y aclaró que la intención de los que protestaban “nunca fue la de entrar al edificio”.

Ante ese avance de los policías, la testigo dijo que ella y su novio se retiraron un par de cuadras por la avenida y buscaron un teléfono público para llamar a sus padres y avisarles que se encontraban bien. “En ese momento vi que venían motos por la calle lateral y comenzaron los disparos, uno de los cuales impactó en mi pierna derecha”, indicó Huerta y agregó: “Como la herida me sangraba mucho, mi novio intentó hacerme un torniquete y mientras esperaba la ambulancia apareció un patrullero con efectivos de civil con chalecos antibalas y *handys* con los que se daban órdenes.” Según la testigo,

uno de esos policías la hizo recostar en el suelo. “Y con ironía le preguntó a mi novio si me dolía”, añadió.

Huerta contó que como la ambulancia no llegaba finalmente la trasladaron en taxi hasta el hospital donde uno de los médicos que la atendió le confirmó que presentaba un balazo con posta de plomo. “Estuve más de un mes con muletas, sin poder apoyar el pie”, concluyó la testigo.

A unas pocas cuadras de donde balearon a Huerta se encontraba Martín Domínguez, quien trabajaba en la colocación de cerramientos de aluminio en un edificio de departamentos en el que uno de sus empleadores le dijo que se fuera a su casa porque a raíz de las manifestaciones en el Congreso “el clima estaba demasiado espeso”. Entonces, Domínguez, quien vivía con sus padres en el conurbano, se dirigió hacia la estación de subte más cercana junto a un compañero de trabajo pero no pudieron llegar porque quedaron en medio de los incidentes que se repetían por varias calles de los alrededores del palacio legislativo donde los manifestantes corrían desesperados y eran perseguidos por los policías. “En medio de las corridas y los disparos, recibí un balazo en el pecho y no recuerdo más nada”, declaró la víctima durante una de las jornadas del debate.

De acuerdo a los investigadores, Domínguez cayó inconsciente a mitad de la calle y fue auxiliado por personas de civil que lo cargaron en un auto particular y lo llevaron hasta el hospital en el que los estudios demostraron que había recibido un balazo de plomo en el tórax que le perforó un pulmón y quedó alojado en la espalda. “Nunca imaginé que la Policía estaba usando balas de plomo”, señaló el joven que estuvo internado varias semanas y debió ser intervenido quirúrgicamente dos veces.

En tanto, Claudio Báez fue uno de los médicos que atendió a Domínguez y en el juicio contó que el compañero de trabajo del paciente le dijo al arribar al hospital que

los policías le habían disparado balas de plomo. Este médico también asistió a otros de los manifestantes heridos de gravedad frente al Congreso y sus alrededores: Pedro Canteros.. “En treinta años de carrera no recuerdo haber visto tantos heridos de arma de fuego juntos. Parecía que los heridos venían de un motín carcelario. La situación lamentablemente nos superó”, declaró el facultativo.

Por su parte, Canteros explicó en el juicio que él decidió sumarse a las protestas callejeras porque “hacia tres meses” que el Gobierno no le pegaba el subsidio por el “Plan Trabajar”. Según la víctima, su intención fue llegar hasta la Casa de Gobierno pero como no pudo pasar por el cruce de la avenida principal y la diagonal se dirigió hacia el Congreso.”Estaba en bicicleta y con dos amigos, y cuando estábamos por llegar a la plaza se nos cruzaron varias motos con policías de civil que nos ordenaron que nos fuéramos. Yo les pregunté por qué nos tenían que ir si no estábamos haciendo nada malo, entonces vi que sacaban sus armas y dimos media vuelta. Y a los pocos metros escuché los disparos y sentí algo caliente en el cuello”, relató.

Al igual que Domínguez, Canteros quedó inconsciente en el suelo y fue auxiliado por uno de sus amigos que le aplicó un torniquete con una bandera nacional, imagen que fue captada por un reportero gráfico de una agencia de noticias y publicada al día siguiente por distintos medios internacionales. Finalmente, la víctima fue trasladada por un motoquero hasta el hospital al que ingresó, según el médico Báez, “en estado crítico” ya que el balazo de plomo en el cuello le había provocado una gran pérdida de sangre.

“Vi que uno de los policías de civil nos apuntaba con un arma larga y agarré la bicicleta para irme. Ahí sentí las balas que me pasaban rozando las orejas y cuando miré para atrás lo vi a Pedro tirado en la calle, sobre un charco de sangre. Primero pensé que estaba muerto pero cuando me acerqué le tomé el pulso y le hice el torniquete”, declaró

el amigo de Domínguez, quien agregó que él también vio como un grupo de policías uniformados “atropellaban a las personas con los caballos y los patrulleros”.

Muchos de estos manifestantes se defendieron de la represión policial como, por ejemplo, Waldo Batista, quien por entonces estudiaba enfermería pero trabajaba como moto mensajero independiente y declaró que él estaba almorzando en una pizzería cuando vio por televisión como agredían a las personas que protestaban frente a la Casa de Gobierno, por lo que decidió sumarse al reclamo callejero. “Yo venía del oeste y no pude llegar hasta más allá del Congreso porque los efectivos no te dejaban pasar por ningún lado. Así que me quedé cuatro horas en ese lugar arrojando piedras del suelo”, indicó.

En esas circunstancias fue que presencié cuando por una calle que cruzaba la avenida pasaron varias motos desde las que tiraron contra la gente. “Sabían lo que tenían que hacer: se bajaron y dispararon, ni siquiera hablaron entre ellos”, recordó Batista, quien se resguardó debajo de su rodado y cuando se reincorporó vio a un grupo de personas que auxiliaban a un hombre herido de bala y que resultó ser Canteros.

“El estado del paciente era gravísimo y la ambulancia más cercana no lo quería llevar al hospital porque esperaba a otros heridos. Yo insulté a los médicos porque no se daban cuenta de que Canteros no podía esperar. Así que lo cargué en la moto y lo llevé”, señaló el testigo que luego de terminar sus estudios comenzó a trabajar para la Cruz Roja y a militar en el Partido Humanista para promover la no violencia.

De hecho, muchos militantes, no sólo de ese partido sino de distintas organizaciones sociales y políticas, conformaron la mayoría de las personas que se manifestaron frente al Congreso Nacional. Y dentro de ese grupo hubo, a su vez, una gran cantidad de defensores de los desocupados, como Ceferino Arias, quien resultó

baleado en el pecho en la esquina del palacio legislativo y murió poco después en el Hospital Central.

Hugo Quiñonez, compañero de militancia de Arias, declaró en el juicio que ese día los dos partieron en tren desde su barrio, en el sur del conurbano, hacia la Capital, donde se dirigieron a manifestarse al Congreso. “Cuando llegamos a la plazoleta los policías estaban eufóricos, con ganas de pegar. Había una caravana de vehículos y uno de los efectivos, que parecía el jefe, esgrimía su arma y nos amenazaba de muerte”, declaró.

Según el testigo, en ese momento se produjo una “ráfaga de tiros”, por lo que los manifestantes comenzaron a correr para protegerse, pero él lo hizo en distinta dirección a Arias, a quien recién volvió a ver tirado, sobre un charco de sangre, a metros de las escalinatas del Congreso. “No fueron tiros al aire. Uno de los policías que empezó a tirar se arrodilló y apuntó hacia donde estábamos”, relató.

En esa esquina, Analía Jaule, una ama de casa que formaba parte de la protesta, encontró un proyectil de plomo y con la bala en la mano fue a preguntarle a un policía uniformado que impartía órdenes a otros efectivos apostados en el lugar por qué estaban tirando. “Me sacó el plomo de la mano. Entonces yo le saqué el casco. Y él llamó a otros policías que me agarraron de los pelos, me tiraron al suelo y me llevaron esposada a la comisaría”, contó la mujer y agregó que ella también vio a muchos efectivos “encubiertos, disfrazados de trabajadores”.

“A mi agarraron cuatro policías de civil y me llevaron hasta un rincón donde uno me dijo que yo iba a desaparecer y que la diga a mi mamá que se compre un pañuelo blanco para la cabeza y vaya a dar vueltas a la plaza”, recordó.

En tanto, David Odriozola, un productor periodístico que trabajaba en el Congreso para un canal de televisión, fue detenido y llevado a la misma seccional que

Jaule, donde estuvo alojado hasta las cuatro de la madrugada cuando lo que a buscar uno de los abogados de la emisora. “Cuando me iba de la comisaría uno de los policías me confesó que si yo le hubiera dicho que era periodista no me habría pasado lo que me pasó”, recordó.

Tanto las víctimas como los testigos coincidieron en el juicio que en los alrededores del Congreso se multiplicaron las detenciones ilegales. “Yo intenté evitar que se llevaran presos a dos chicos en situación de calle y me pegaron un balazo de goma en el ojo derecho”, contó Cecilia Ferrari, abogada de una agrupación por los derechos humanos, que primero fue alojada herida en la comisaría y recién horas más tarde la llevaron al hospital para ser asistida. Según la letrada, que perdió la visión del ojo lesionado, una vez allí, el policía que la custodiaba le dijo: “¿Por qué hace esto? ¿No sería mejor que se quede en su casa a cuidar de sus hijos?”

Uno de los tantos policías acusados de las vejaciones cometidas durante las detenciones ilegales declarararía en el juicio, después de que la Fiscalía mostró un video en el que se lo veía agarrar de los pelos a un joven y arrastrarlo por el piso hasta un patrullero, que él tomó al sospechoso de la cabellera “porque estaba con el torso descubierto y si hubiera tenido camisa lo agarraba de ahí”.

Un poco más seria intentó ser la defensa que esgrimió el ex principal Valerio Bellini, quien fue sometido a juicio acusado de las tentativas de homicidio de Domínguez y Canteros. El imputado llegó libre al debate y declaró que luego de ser echado de la fuerza se mudó al interior del país y se convirtió en pastor evangélico, y que trabajaba para una fundación que asistía a víctimas de violencia sexual y familiar, adicciones y restauración emocional y psicológica.

Bellini contó que él siempre fue “un buen policía” a pesar de que cuatro años antes de la represión del 20 de diciembre había sido denunciado por apremios ilegales a raíz de la detención violenta de un ladrón en plena calle.

Durante su declaración, la Fiscalía mostró imágenes captadas por las cámaras de distintos canales de noticias en las que se lo veía disparando en el lugar donde Domínguez y Canteros resultaron heridos, ante lo cual, él admitió que sí había tirado pero sólo postas de goma. Sin embargo, para el acusado, esos videos eran “un collage” de “falsedad ideológica”.

“La verdad os hará libre”, finalizó Bellini citando al Evangelio ante el desconcierto de todos los presentes en la sala de audiencias, entre ellos, el propio Jorge, quien en esa jornada había sido citado a declarar por el crimen de Martínez.

Además, en esa misma audiencia hubo declaraciones referidas a las responsabilidades políticas en el operativo policial del 20 de diciembre. Y en este caso, el principal imputado fue el por entonces secretario de Seguridad, Ernesto Matheu, quien hizo hincapié en aclarar que “no se trató de una masacre” y que “jamás hubo un plan represivo”.

Matheu declaró que los hechos ocurridos el 19 diciembre fueron “espontáneos” pero los del día siguiente se debieron “a un armado político”, al tiempo que negó que en una reunión con los conductores de las fuerzas de seguridad en su despacho haya dado la orden de desalojar la plaza frente a la Casa de Gobierno “a cómo de lugar”.

“Nunca fui el jefe del operativo policial, quizás, por eso inventaron que yo di esa orden durante la reunión del Comité de Crisis”, aclaró Matheu, quien acusó a la Justicia de actuar de manera “imparcial y antojadiza” a la hora de acusarlo.

En ese sentido, afirmó que él no era el encargado de toda la seguridad nacional y aclaró: “Algunos probablemente añoren un régimen totalitario donde todo pasa por una sola persona pero aquí existe un sistema republicano y federal.”

Matheu admitió que el 19 de diciembre se reunió con su jefe más directo, el ministro del Interior, quien, según él, le dijo que tenía “todo bajo control” y que la única orden que recibió fue “coordinar el envío de fuerzas federales a otras provincias”.

Sobre el operativo policial dijo que “no fue grande” ya que constó de unos 750 efectivos cuando para un evento deportivo solía haber 2.000, y recordó que durante su gestión sólo había habido incidentes en tan sólo dos de un total de mil manifestaciones.

“De ninguna manera hubo una cacería de manifestantes, a pesar de que estos no eran maestras jardineras”, indicó el acusado y señaló que para él estaba probado que las balas de plomo que mataron a las cinco víctimas “no fueron disparadas por las armas reglamentarias de los policías”.

Durante la declaración de Matheu, la Fiscalía exhibió dos actas firmadas por el jefe y el subjefe de la Policía que fueron dirigidas a él y que se refirieron a la situación de 45 detenidos en inmediaciones de la plaza frente a la Casa de Gobierno. “Niego rotundamente haber recibido esas notas y dudo de su autenticidad. Quizás, algún sector faccioso dentro de la fuerza quiso involucrarme”, insistió.

En ese marco, Matheu dijo que en aquel entonces había “una interna policial” ya que un grupo de oficiales se oponían a la conducción del jefe de la fuerza nombrado por él. “Nosotros lo elegimos porque creímos que era la persona indicada para encarar una reforma como la que pretendíamos”, explicó el acusado respecto del ex comisario general Ramón Samudio, quien nunca aceptó declarar, tanto durante la investigación como en el debate, para dar su versión de los hechos.

Por último, el ex secretario consideró que el objetivo del operativo policial fue “proteger las vidas y custodiar los edificios”, aunque reconoció que el resultado “no fue satisfactorio” ya que por “más violentos” que hayan sido los manifestantes, éstos debían ser “resguardados” por los efectivos.

“Pero esto no ocurrió en ningún momento”, juró Jorge, por el amor a sus hijos, ante sus viejos amigos reunidos en la sobremesa, los que hasta ese momento sólo habían tenido una vaga idea de lo ocurrido aquel 20 de diciembre a partir de lo visto en televisión y leído en los diarios. Es más, algunos de ellos, como Violeta y Pedro, creían en la teoría del “complot contra el Gobierno” expuesta por Matheu, no tanto por las protestas callejeras sino por los saqueos en todo el país producidos un día antes, aunque esta situación de ninguna manera justificaba el accionar de los policías.

Y en cuanto a ese punto, más allá de las motivaciones políticas que pudieron haber existido, todos coincidieron en que se trató de un operativo represivo. Claro que el supuesto complot nunca fue probado por la Justicia, por lo que esta teoría terminó siendo una versión más, una de tantas, en la morbosa y desconfiada historia del imaginario colectivo del país.

X

La cena del jueves se había prolongado hasta las primeras horas del viernes a raíz del extenso relato que Jorge hizo sobre los sangrientos hechos de aquel histórico 20 de diciembre, por lo que a la mañana siguiente todos los integrantes del grupo se levantaron tarde, y con un poco de resaca, para desayunar en el restorán de la hostería. Y como seguía lloviendo con suma intensidad, a nadie se le cruzó por la cabeza salir a dar un paseo o a tomar un café con medias lunas en un bar del centro, para variar de escenario.

-¡Que tiempo de mierda! -exclamó Pedro mientras se acomodaba junto a la mesa en la que ya estaban ubicadas Violeta y Claudia, mientras que Jorge y su familia ocupaban la mesa de al lado para estar más cómodos y evitar que los chicos molestasen a los adultos, y Laurita seguía durmiendo en su habitación a pesar de que madre había intentado, vanamente, que se despertara. En tanto, Franco se encontraba detrás del mostrador encargándose de preparar las bebidas calientes (había té, mate cocido y café) y los alimentos (facturas con dulce de leche, membrillo y crema pastelera, y tostadas con manteca y mermelada de frutilla).

-La verdad que sí -coincidió Claudia ajustándose el par de anteojos para el sol que llevaba puesto para ocultar sus ojeras matinales que denotaban un mal descanso-. No se puede salir a ningún lado con un día así.

Luego, la mujer se estiró la camisa blanca con los tres primeros botones fuera de sus ojales mientras que Pedro bajó la mirada y con la yema de sus dedos pulgar, índice y mayor de ambas manos se realizó unos suaves masajes circulares en la frente para intentar paliar el tremendo dolor de cabeza que lo azotaba desde que se había levantado de la cama.

-¿Querés un analgésico? -preguntó Claudia tomando su cartera que había dejado colgada del respaldo de la silla y de la que extrajo un *blister* de pastillas blancas.

-¡Gracias Clau! -respondió Pedro tomando una de las píldoras que ingirió rápidamente con un poco de agua mineral servida en el vaso apoyado sobre la mesa, justo delante suyo.

-¿Vos también querés una, Viole? -ofreció Claudia estirando el brazo con la pequeña tableta que Pedro le acababa de devolver en mano hacia su amiga sentada a su lado, cruzada las piernas y vestida con un *jogging* negro y bien ajustado a su notificada musculatura.

-No, gracias -indicó Violeta y luego siguió mirando en silencio y a través del ventanal como llovía sin cesar, atraída por los relámpagos que de repente iluminaban los nubarrones negruzcos.

-¿Te sentís bien? -Pedro se dirigió a Violeta, quien giró la cabeza hacia él, sentado al otro lado de la mesa, y asintió.

-Sólo estoy un poco cansada.

-Como todos -intervino Claudia.

-Y... ya no estamos para trasnochar y tomar tanto -dijo Pedro.

-Lo dirás por vos -continuó Claudia.

-Mirá, no te hagas demasiado la canchera porque la que lleva puestas las gafas oscuras sos vos, eh.

Violeta rió ante la inesperada broma de Pedro, aunque a su amiga no le causó la misma gracia.

-Para que lo sepas, el oculista me dijo que soy fotofóbica -dijo la destinataria del chiste, algo ofendida pero sin perder la sonrisa y tirándole un beso ruidoso que atrajo la atención de Jorge, quien hasta ese momento se había dedicado a tratar de que sus hijos

terminasen el desayuno que les había asignado y así no volviesen a tener hambre poco después, cuando todavía no era la hora de almorzar.

-¿Qué pasa? ¿Están aburridos? -el ingeniero se volvió hacia la mesa de sus amigos, a la que se acababa de sumar Franco con una amplia bandeja plateada en la que transportaba las bebidas y los alimentos que los comensales se fueron distribuyendo de acuerdo a sus pedidos y gustos.

-Che, Jorge -arrancó Pedro-, vos que sabés de todo, ¿nos podés explicar qué carajo está pasando con el clima?

-Yo no sé de todo, Pedrito -aclaró el ingeniero arrimando su silla a la mesa de los adultos, mientras Paula lo fulminaba con su mirada ya que, una vez más, debía permanecer sola al cuidado de los chicos que, para fortuna de sus padres, se comportaban perfectamente, al punto que parecían no estar allí presentes.

-Todo no, pero bastante -intervino Franco, quien dejó la bandeja vacía sobre una silla al costado de la mesa.

-Más que cualquiera de nosotros, seguro -acotó Claudia justo antes de dar un largo sorbo de su té con limón.

-Bueno che, no exageren. Soy ingeniero, no astronauta o neurocirujano.

Jorge tenía razón, sin embargo, conocía lo suficiente para brindarles a sus amigos una explicación lo suficientemente coherente y fácil de entender. Fue así que recordó que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) había elaborado hacía poco tiempo un informe sobre el aumento de las precipitaciones en el país durante los últimos treinta años y en el que concluía que este cambio climático estaba asociado directamente con las modificaciones en los usos de la tierra y que las lluvias no sólo provocaban inundaciones.

De hecho, los científicos que elaboraron dicho informe predecían períodos de sequía más largos, sobre todo, en la zona oeste y sur del país, lo que afectaría los cultivos que iban a escasear en distintos sectores y a padecer más enfermedades en el maíz, el trigo y la tan preciada soja. A esto se sumaba que los glaciares y campos de hielo experimentaron un fuerte retroceso, lo que afectaba la disponibilidad de agua dulce para las áreas áridas donde, en consecuencia, se incrementaba el número de incendios. Además, se determinó que en la nación ocurría casi el cinco por ciento de la deforestación mundial a raíz de la expansión agrícola, lo que en el norte representaba la principal fuente emisión de carbono.

-Todo este proceso de calentamiento global llevó a aumentar el doble la cantidad de tormentas, las cuales, a su vez, se volvieron más explosivas -explicó Jorge, quien, como la noche anterior, había vuelto a ser el centro de la conversación-. Y al haber más vapor de agua en la atmósfera, hay más corrientes de aire caliente que al encontrarse con las de aire frío, que cargan partículas de hielo, generan más rayos.

-Claro -asintió Pedro con un leve gesto de afirmación de su cabeza, en tanto que los demás seguían con sus bocas llenas y seguían el diálogo con la mirada.

-A mi lo que me preocupa -intervino Franco tras dejar un momento de lado lo que quedaba de su última medialuna- es que las tormentas eléctricas provocan más daños y, sobre todo, víctimas.

-Y encima tenés sequías más largas, por lo que incendios se hacen más difíciles de controlar -añadió Pedro, quien ya había acabado su desayuno, el cual no había sido abundante ya que aún sentía cierto malestar estomacal a raíz de la excesiva cena de la noche anterior, algo similar a lo que ocurría con las mujeres sentadas a la mesa y que, por otra parte, evidenciaban una creciente indiferencia hacia el contenido de la charla.

-Pero no hay mal que por bien no venga –retomó Jorge- porque a pesar de que los últimos descubrimientos científicos parecen vaticinar el fin del mundo, al mismo tiempo revelan datos que permiten anticiparse a lo que vendrá y estar mejor preparados para enfrentar las consecuencias.

-¿Cómo es eso? –preguntó Franco.

Entonces Jorge, con mucha paciencia, su máxima virtud no sólo a la hora de dar clases a alumnos cada vez más impertinentes, le explicó:- Es que el haber podido determinar el nivel de precipitaciones y la velocidad de subida del aire caliente permitió, entre otras cosas, predecir más del 75 por ciento de las tormentas.

-Ajá –balbuceó el anfitrión, algo desorientado.

-Y así llegaron a la conclusión, entre tantas otras, de que por cada grado que aumentaba la temperatura había un doce por ciento más de tormentas, ¿entendés Fran?

-Creo que sí.

-Además, los científicos establecieron que hasta el final del siglo la temperatura media va a aumentar cuatro grados. Así que saquen ustedes mismos las cuentas sobre la cantidad de lluvias que va a haber en cien años.

-¡Guau! –exclamó Claudia, con sorna.

-No es un tema menor, hermana, así que no bromees.

-No bromeo, che.

-Y hay que tener muy en cuenta que la principal causa de todo esto es humana ya que el nivel de gases de efecto invernadero es el más alto de la historia.

-Jorge tiene razón –intercedió Pedro antes de que se desatara una estéril discusión entre hermanos-. El cambio climático es un hecho histórico, sin precedentes, y nosotros estamos siendo testigos del mismo.

-Es totalmente cierto –Jorge se rascaba la cabellera perfectamente peinada con raya al costado y gel-, aunque yo diría que más que testigos somos partícipes de un proceso nunca antes visto: en ochocientos mil años no se habían calentado tanto la atmósfera y los mares, y no había disminuido tanto la cantidad de nieve ni aumentado el de los océanos.

-Yo creo –Violeta por fin dejó de ver caer la lluvia a través del ventanal y se dirigió al resto de sus acompañantes- que están planteando el asunto como si se tratara de la naturaleza versus el hombre y yo me pregunto: ¿el hombre no es acaso parte de la naturaleza?

Jorge meditó unos segundos y luego tomó la palabra.

-En ningún momento adopté una postura ecologista. Creo que, en parte, tenés razón Viole, pero eso no implica que el hombre no sea el principal responsable de lo que está sucediendo. Y lo peor de todo es que es el hombre el que más se perjudica porque, por ejemplo, con tantas lluvias y sequías lo que se afecta principalmente es la producción de alimentos y la disponibilidad de agua potable, la base de la subsistencia de nuestra raza.

-Es que la autodestrucción es típica del hombre –indicó Violeta.

-Concuerdo plenamente –asintió Pedro, sentado y cruzado de piernas.

-Yo lo único que sé –señaló Franco- es que antes el invierno acá duraba tres meses y ahora sólo hay algunos días fríos.

-Eso se debe justamente el calentamiento global –afirmó Jorge.

-Vos hablás de un fenómeno mundial –indicó Claudia-, pero ¿que pasa puntualmente en nuestro país?

-Yo no soy el que habla, Clau, son estudios que realizaron científicos de todo el mundo que se especializan en la materia.

-Pero a mí me preocupa lo que pasa en donde vivo, lo que más nos afecta directamente.

A esta sólo le preocupa levantarse un pendejo que esté todo el día al palo o un viejo con plata que la lleve de vacaciones y le haga regalos caros, pensó Jorge pero no se atrevió ni siquiera a sugerirlo. De hecho, no era la primera vez que una idea así se le cruzaba por la cabeza y sólo en una oportunidad le había insinuado ser un mejor ejemplo para Laurita, pero Claudia no aceptaba ningún consejo de su hermano, aunque éste casi siempre tuviese razón.

Según Jorge, el mencionado informe de la ONU indicaba que el año anterior había sido el más caluroso de la historia del país y que el corriente iba camino a superarlo. También especificaba que las lluvias iban en aumento en el centro y norte, mientras que las sequías afectaban el oeste y el sur, lo que producía una fuerte caída en la actividad agrícola, el pilar de la economía regional.

En ese marco, los científicos destacaron que en la zona cordillerana, los glaciares estaban en un marcado retroceso (en 20 años se habían reducido un 15 por ciento) y que las precipitaciones habían disminuido a la mitad. En tanto que en la llanura verde y húmeda central y en los bosques nativos norteños se producía el fenómeno inverso.

Pero la situación más crítica la padecía la estepa sureña donde las sequías hacían escasear la disponibilidad de agua al punto que en determinadas ciudades se produjo la muerte de árboles de hasta 400 años.

Sin embargo, a favor de nuestro país, el informe reveló que sólo aportaba el 0,75 por ciento de las emisiones de gases de efecto invernadero del mundo, cuando había un grupo de 40 naciones, entre ellas, las denominadas “potencias”, que emitían el 80 por ciento.

Y esto último se debía a que esos países del Primer Mundo quemaban combustibles fósiles como el petróleo, carbón y gas para producir energía desde la época de la Revolución Industrial. Eso implicaba demasiado tiempo liberando dióxido de carbono en la atmósfera y, por ende, aumentando la temperatura del planeta.

Así, los científicos gubernamentales se acercaron como nunca antes, al menos a través del discurso ya que restaba poner en práctica medidas concretas, a la histórica postura de las organizaciones ecologistas que siempre habían bregado por la utilización de un modelo que sustituyera las fuentes de energía tradicionales por otras limpias como la solar y la eólica, y el fin de las plantas nucleares.

-Me quedé pensando en lo de las temperaturas récord –comentó Pedro tras servirse un café que lo mantuviese despabilado y aprovechando que el malestar estomacal parecía haber desaparecido provisoriamente-. Hay días de verano en los que siento como si estuviera en el trópico y que el planeta va a explotar.

-El informe que te digo es categórico: en septiembre pasado se registró una temperatura media del suelo de casi un grado por encima del promedio del siglo pasado –recordó Jorge y agregó que esto se produjo principalmente en el noroeste africano, la costa sudamericana, el sur de Oceanía y algunos sectores de Medio Oriente y del sudeste asiático. En cambio, las regiones menos afectadas por este proceso de calentamiento habían sido Rusia central, este y norte de Canadá y un pequeño sector de Namibia.

Y en cuanto a la temperatura de la superficie de los océanos, la otra variable tomada en cuenta por los científicos, la misma estuvo poco más de medio grado por encima de la media del Siglo XX, un registro sin precedentes, sobre todo, en el sector ecuatorial del Pacífico, donde actúa el fenómeno de El Niño aunque, curiosamente,

durante el último año medido este patrón meteorológico no había aparecido como sí lo había hecho en otros períodos denominado “calientes”.

-De los quince años de este Siglo, catorce son los más cálidos de la historia. Es tremendo –afirmó Jorge y añadió:- Y lo peor de todo es que este proceso se va a mantener o aumentará. Difícilmente retroceda y si lo hace, no será en el corto plazo.

“Todo esto me hace acordar a esas películas pochocleras en las que llega el fin del mundo y un científico brillante pero díscolo salva a la humanidad en dos horas”, le dijo, en voz baja y cerca del oído, Claudia a Violeta.

“Lo peor de esas películas -respondió Viole tapándose ligeramente la boca con la palma de su mano- es que unas te muestran que la Tierra se prende fuego y otras que queda tapada de nieve. Ni en eso se ponen de acuerdo.”

Luego, Franco comenzó a levantar la mesa y les indicó a las mujeres que se quedaran sentadas que él se hacía cargo de dicha tarea. La esposa de Jorge insistió con que ellas iban a lavar pero el anfitrión tampoco lo permitió y se dirigió con la bandeja cargada hasta la cocina hasta donde lo siguió Pedro.

Por su parte, Jorge regresó a la mesa en la que sus hijos ahora pintaban con crayones diversos dibujos de animales y paisajes sobre hojas blancas de papel, por lo que su mujer al fin se liberó y se sentó a charlar junto a Violeta y Claudia.

-¿Estás bien? –preguntó Paula a Viole al ver que ésta miraba preocupada la pantalla de su *smartphone*.

-Sí, sí –respondió Violeta alzando la vista con una sonrisa-. Pasa que mi hijo mayor no me atiende. Ayer le mandé un mensaje apenas llegué para avisarle que estaba todo bien y nada. Anoche lo llamé para saber si le había llegado el mensaje y tampoco me respondió. Recién hoy me escribe para pedirme que le recargue el celular. Entonces lo llamo pensando que se había quedado sin crédito y otra vez no me atendió.

-Bueno Viole –intercedió Claudia-, los chicos son así.

-¿Cuántos años tiene el nene, Violeta? –preguntó Paula, quien de reojo y a la distancia seguía los acontecimientos que se producían en la mesa de sus hijos que se mataban de risa con su padre, lo que la llenaba de celos porque él siempre terminaba siendo el compinche y ella la mandona.

-Once.

-Y debe ser una edad complicada porque si bien sigue siendo chico, al mismo tiempo, ya adquirió cierta capacidad para hacer algunas cosas solos –estimó Paula, cuya experiencia abarcaba hasta los chicos de siete años, edad del mayor de los dos suyos.

-Es una edad re complicada –señaló Claudia mirándose las uñas de las manos-. Pero les aseguro que después se vuelve cada vez peor. ¿Sabés como me gustaría que Laurita tuviera la edad de sus hijos? Pero, lamentablemente, no se puede volver el tiempo atrás.

Mientras Franco terminaba de acomodar la cocina en la puerta de la hostería se detuvo un remís del que Sabrina descendió al trotecito para evitar mojarse por la lluvia y, tras sacudirse la arena mojada de sus zapatillas deportivas con suela de goma pintada de color flúor (como las que utilizaban casi todas las mujeres que iban al mismo gimnasio que ella) sobre la alfombra de metal colocada junto al umbral del hall de entrada, se dirigió al sector del restorán donde se encontraba el resto del grupo.

-Sabri, ¿qué hacés sola y en remís? –preguntó Violeta.

-Pasa que los chicos se quisieron quedar en el dúplex y después, si paraba de llover, el padre los iba a llevar un rato al centro, a los juegos, por lo que él necesita la camioneta –respondió Sabrina, quien se ubicó en una silla al lado de su vieja amiga y se sacudió algunas gotas de su cabellera.

-Me hubieras avisado y te iba a buscar en el auto, tonta. Así no gastabas en un remís.

-No pasa nada, Viole. Además, no te iba a hacer manejar en este clima. Hay un montón de calles inundadas.

-Bueno, al menos dejá que te lleve de vuelta al dúplex.

-Eso sí te lo acepto porque con la lluvia la demora de los remises es tremenda.

-Y no te olvides del riesgo que implica andar por la calle en medio de una tormenta como esta –señaló Franco regresando a la mesa y sentándose en la cabecera, al tiempo que Pedro se ubicó entre Claudia y Violeta, aunque ésta estaba sentada no a la par, sino un poco más atrás que el resto ya que mantenía su silla más cerca del ventanal que de la mesa.

-¿Cómo me voy al olvidar, Fran? –la pregunta retórica de Sabrina pareció casi un reto hacia el anfitrión-. Después de lo que me tocó vivir el verano del año pasado me resulta imposible. Igual, una cosa es estar en el centro, entre edificaciones y demás, y otra muy distinta es encontrarse en la playa, a la intemperie.

-Tal cual –asintió Franco, quien recordaba perfectamente la traumática experiencia que había vivido Sabrina en sus anteúltimas vacaciones en la villa, la que visitaba sin falta todos los años junto a su esposo, al que había conocido en una clínica privada de la Capital donde él era uno de los médicos que dirigían el establecimiento y ella trabajaba como enfermera.

Tiempo después, y a instancias de ella, que había vacacionado en la villa desde niña y sus padres lo siguieron haciendo mucho tiempo más, la pareja compró el dúplex ubicado a unas diez cuadras de la playa, a la altura del muelle, es decir, en pleno corazón de Pinar del Este, donde prevalecían las viviendas familiares de los habitantes permanentes del lugar, en tanto que los alojamientos para turistas ocupaban la franja

más cercana al mar y también al centro comercial, en el sector norte. De hecho, Sabri y su familia también visitaban el balneario fuera de temporada, durante algún fin de semana largo, como en el que se encontraba ahora.

-Perdón, Sabri, ¿pero vos estuviste en la playa el día que cayó el rayo que mató a varios chicos? –preguntó Pedro.

Sabrina asintió con su rostro ensombrecido evidentemente por los recuerdos de aquella fatídica tarde que había comenzado soleada y con un cielo despejado y que, de repente, se llenó de nubes de tormenta. Este radical cambio de paisajes ni el rugir de los primeros truenos ahuyentaron a los bañistas que copaban la playa, en la que ella se hallaba junto a su esposo, sus dos hijos y su suegra en la carpa que alquilaban durante todo un mes.

“Recuerdo –Sabrina inició su relato con un tono pausado –que me había quedado sola en la carpa porque mi marido había ido a llevar a su madre, que no se sentía bien, al dúplex y los chicos lo acompañaron para después volver a buscarme. Mientras tanto, yo juntaba todas las cosas y así las podíamos cargar más rápidamente en el auto.”

El esposo de Sabri, como muchos otros hombres maduros fanáticos de la playa, solía estar completamente equipado para pasar largas horas junto al mar. Llevaba sus propias reposeras porque las de madera provistas por el balneario le resultaban incómodas, la heladera térmica con bebidas y *snacks* para los chicos, las paletas, el tejo, la pelota de fútbol y hasta los barrenadores. Según su mujer, él era un “culo inquieto” que se la pasaba casi todo el tiempo en el agua o jugando con los hijos, mientras ella se recostaba, tomaba sol y leía. Claro que cada tanto interrumpía su descanso para ayudar a su marido a entretener a los niños (que eran tan activos como él) y también para matear y charlar, y así no descuidar la intimidad de la pareja.

“Fue un fogonazo tremendo que iluminó todo, no sólo el cielo, y le siguió un estruendo ensordecedor, como una explosión ¡Bum!”, recordó Sabrina y añadió: “En ese momento, la gente ya había empezado a retirarse porque se veía que estaba por largarse una tormenta fuerte pero hacía tanto calor que la mayoría de las personas que se quedaron un rato más estaba dentro del agua, así que apenas cayó el rayo, cuando todavía no sabíamos que había sido un rayo, los que nos encontrábamos en las carpas miramos hacia el mar, preocupados por los que se bañaban, sin darnos cuentas que lo peor había ocurrido en nuestro sector, a unos pocos metros de distancia.”

Tras la caída del rayo, el balneario fue puro pánico y los bañistas, conmocionados, comenzaron a correr hacia sus autos bajo un diluvio y fuertes ráfagas que arremolinaban la arena. Algunas mujeres abandonaron sus sombrillas y demás pertenencias y con sus pequeños hijos en brazos se refugiaron en el restorán del parador, situado a unos cien metros del Solar del Bosque.

Los primeros en auxiliar a las víctimas fueron los guardavidas, a los que Sabrina se sumó para aportar sus conocimientos en asistencia médica de emergencia. Así fue que ella vio los cuerpos de tres jóvenes tirados sobre la arena, en la cancha de vóley ubicada entre las carpas. “Estaban todos quemados, con las caras violetas. Eran dos chicos de veinte años y una chica un par de años menor que murieron en el acto. Terrible”, indicó.

El fenómeno también provocó heridas a otras treinta personas, en su mayoría jóvenes en traje de baño que quedaron tendidos sobre la arena, algunos de ellos, a varios metros de donde estaban parados cuando cayó el rayo, lo que evidenciaba la fuerza con la que los habían hecho volar por el aire.

“Los médicos no daban abasto, así que agarramos las reposeras de madera y las usamos como camillas para trasladar a los heridos”, dijo Sabrina, quien precisó que la

lluvia paró enseguida aunque en el aire quedó una sensación a fuego encendido. “Los cargábamos en los cuatriciclos de los policías para llevarlos hasta la costanera ya que las ambulancias no podían acercarse más”, relató con angustia, mientras el resto de los presentes la oía en silencio y con rostros adustos.

-A mi me contó un muchacho que trabajaba acá –intervino Franco al cabo de unos segundos-, que él estaba dentro del balneario y que vio una bola de fuego en la canchita de vóley en la que estaban jugando los chicos y que hasta los vidrios del parador temblaron.

-¡Que horror! –expresó Claudia apoyando ambas manos sobre sus cachetes ruborizados.

-Y también me dijo que él salió corriendo hacia la canchita para auxiliar a las víctimas y que cuando le levantó la mano a una de ellas para tomarle el pulso el brazo quemado se cayó, pesado, porque ya estaba muerta.

-Por suerte –Sabrina retomó la conducción del relato-, la gente se portó bárbaro y muchos particulares cargaron a los heridos en sus propios vehículos para llevarlos hasta el hospital y ganar tiempo ya que las ambulancias tardaron entre quince y veinte minutos en arribar, a pesar de que el intendente después negó la demora y dijo que el operativo sanitario fue rápido y eficaz.

La noticia de la caída del rayo circuló de manera tan veloz que el gobernador y el ministro de Salud, que se encontraban en una localidad balnearia vecina ubicada a unos cien kilómetros de Pinar del Este, viajaron inmediatamente hacia el lugar del hecho en helicóptero y llegaron cuando todavía continuaba el traslado de los heridos más leves, casi en simultáneo al arribo de los periodistas de distintos medios nacionales que cubrían la temporada en la costa. Y en ese momento aún se podían observar las reposeras, sombrillas, lonas, ojotas y demás objetos de los turistas que dejaron

abandonados sobre la arena en medio del caos. “Fue como una película de terror”, describió Sabrina.

Los funcionarios provinciales también se hicieron presentes en el hospital local para interiorizarse del estado de salud de la treintena de heridos, en especial, una adolescente de 17 años que había sufrido una bronco aspiración y traumatismo raquídeo, por lo permanecía internada en estado delicado en la sala de cuidados intensivos, en tanto que los otros pacientes no corrían riesgo de vida.

Tanto la chica que estaba gravísima como los fallecidos formaban parte del mismo contingente proveniente del interior del país y que había viajado para vacacionar unos días en la playa. De hecho, una hermana menor de aquella adolescente también sufrió lesiones y debió ser internada. “Todos se conocían desde chiquitos y jugaban al vóley en el mismo club. Por suerte, también sus padres estaban con ellos de vacaciones”, señaló Sabrina.

Además, entre los heridos estuvieron dos “carperos” que sufrieron quemaduras en sus piernas pero su estado no revestía gravedad, por lo que fueron asistidos y dados de alta esa misma tarde.

-La particularidad de lo que pasó esa vez fue que todas las víctimas estaban en la arena, no en el agua, donde suelen ocurrir las muertes por las caídas de rayos, como en una pileta de natación, por ejemplo; como ya ha sucedido en alguna colonia de vacaciones o casa quinta de veraneo que suelen estar ubicadas en zonas descampadas – explicó Jorge-. Y, según los peritos, la descarga eléctrica pudo haber ocurrido en un caño de metal utilizado como pie de una sombrilla o en alguna caja de seguridad instalada en los travesaños de las carpas.

-Menos mal que mucha gente ya se había ido de la playa por miedo a la tormenta porque sino hubiese sido una masacre -acotó Pedro.

-Es que llovió un poco, luego paró y recién al rato se volvió a largar más fuerte – precisó Sabrina-. De todos modos, con las primeras gotas, los guardavidas ya habían izado la bandera roja de prohibición de baño y comenzado a pedirles a los turistas que salieran del agua. Por eso cuando escuché los primeros gritos, pensé que se estaba ahogando algún turista que se habían quedado en el mar.

-La verdad que fue algo increíble –acotó Franco, quien alzó la cabeza y miró hacia el techo como esforzándose para recordar mejor-. Yo estaba acá adentro y vi que se iluminó todo el cielo y el piso se movió. Y eso que estamos a más de una cuadra de donde cayó el rayo.

-Yo no puedo dejar de pensar que mis hijos se salvaron por apenas cinco minutos –agregó Sabrina.

Lo que resultaba inverosímil era que los paradores contaban contaba con el servicio de equipos médicos que acudían ante una emergencia pero no contrataban con profesionales permanentes que trabajasen allí. Además, sólo unos pocos balnearios tenían sala de primeros auxilios y ninguno de ellos siquiera un desfibrilador. Así, los únicos que se encontraban presentes para auxiliar a los bañistas eran los guardavidas que, a su vez, reconocían no tener un protocolo de actuación ante las tormentas eléctricas y la caída de rayos.

Hasta la tragedia de la playa de Pinar del Este, los mal denominados “bañeros” se manejaban con el sentido común. Es decir, que al ver los rayos en el cielo tormentoso procuraban hacer sonar sus silbatos para evacuar del mar a la mayor cantidad de personas, lo que, en definitiva, era lo mismo que ocurría en las piletas de natación de las colonias de verano. Y en el caso de los guardavidas de las playas, lo más curioso era que los mástiles en los que colocaban las banderas las banderas sobre el estado del mar estaban hechos de metal, por lo que funcionaban como potenciales pararrayos.

Por todas estas razones, los meteorólogos recalcan que la clave para afrontar este tipo de situaciones era la prevención, ya que el caso de Pinar del Este no había sido el primero en ocurrir, aunque sí el principal motivo para volver a debatir el tema y tomar medidas concretas. De hecho, en el mundo había más víctimas fatales por caída de rayos que por cualquier otra tragedia natural.

-Lo que yo no entiendo de las personas en general -Violeta interrumpió su abulia con una voz firme que sorprendió al resto de los presentes- es que cuando ven en el cielo una tormenta eléctrica se quedan mirando para arriba como si fuera un juego.

-Por eso -retrucó Pedro, reanimado-, no solo hay que capacitar a los guardavidas sino educar a la gente.

-Tal cual -asintió Jorge acomodándose en la silla, la cual acercó aun más hacia la mesa sobre la que apoyó sus dos brazos parcialmente extendidos, como si estuviese dando clase-. Por ejemplo, las personas no saben que en algunos países del Primer Mundo hay hasta cien muertos por año, y el triple de heridos, a causa de las heridas que produce el impacto de un rayo en el cuerpo humano.

-¡¿En serio?! -preguntó Franco, exaltado.

-Y no sólo eso -continuó el ingeniero-, de los que resultan heridos, la tercera parte termina muriendo, principalmente por arritmias o fallas respiratorias, y la mayoría queda con secuelas graves.

Lo que no mencionó Jorge, porque no lo sabía o porque lo olvidó, aunque él nunca daba la sensación de pecar de una de esas dos alternativas, era que más de la mitad de las víctimas de rayos eran hombres jóvenes. Tampoco se refirió a que el impacto de un rayo en una persona genera dos tipos de lesiones principales: una, la del paso de la corriente eléctrica por el cuerpo y la otra, vinculada al aumento de temperatura del organismo.

-Che, Jorge, ¿y en el país cómo estamos en comparación con el Primer Mundo?
-preguntó Pedro.

-Mirá -el ingeniero se acomodó los anteojos con los dedos índice y pulgar-, de acuerdo a los informes que se difundieron después de lo que pasó en la playa de acá, rondamos los cincuenta muertos al año y una tormenta eléctrica cada treinta días en la costa.

-¡Ah! -expresó Claudia, risueña-, entonces no estamos tan mal. Digo, teniendo en cuenta la extensión de nuestro territorio.

-Claro -coincidió Jorge-. Lo de la extensión territorial no es una cuestión menor porque es una de las variables que define la tasa de fenómenos climáticos, la cual es bastante alta en nuestro país. Por eso también es mayor nuestra densidad de tormentas eléctricas y lo mismo ocurre con otras naciones vecinas.

-Yo no puedo creer que los rayos sean un fenómeno tan frecuente -opinó Franco meneando la cabeza-. Y eso que viví toda mi vida al lado del mar.

-Es que si te ponés a pensar, Fran -replicó Jorge-, un rayo no es más que una descarga eléctrica que proviene de una nube de tormenta. Cuando en los campos eléctricos dentro de la nube o entre la nube y la tierra alcanzan valores altos ocurre la descarga. Es así de sencillo.

-No sé si es verdad -continuó Franco-, pero hace poco me dijeron que si contamos treinta segundo entre que vemos un rayo y escuchamos el trueno es que la tormenta esta a unos diez kilómetros de distancia.

-Es así -señaló el ingeniero-. Y esa distancia nos brinda el tiempo suficiente para abandonar los lugares abiertos y buscar un sitio protegido, preferentemente, por un techo de mampostería.

-O un auto -adhirió Violeta.

-Claro –asintió Jorge-. Nunca hay que refugiarse debajo de un tinglado o una carpa. Tampoco una parada de colectivos. Y lo más importante: desde que se escucha el último trueno hay que esperar una media hora para abandonar ese lugar protegido.

-De todos modos -Violeta cruzaba ahora sus brazos sobre su pecho-, lo que pasó en la playa de acá generó conmoción porque fue en pleno verano y en un destino turístico reconocido, lo que acapara mayor atención. Porque yo nunca había visto que le dieran tanta importancia a otros casos similares.

-Estoy totalmente de acuerdo con vos -Jorge se estiró sobre la mesa para tratar de palmear a Violeta en las manos pero no llegó porque él no era muy largo y ella no modificó su firme y distante posición ni un ápice-. Justo unas semanas antes, en dos provincias del norte del país hubo sendos hechos en los que la caída de rayos provocó la muerte de al menos cuatro personas y si bien algunos diarios publicaron la noticia la gente no lo registró.

-Esas son las cosas que no entiendo de este país -consideró Franco.

-¿Qué cosa no entendés? -intervino Pedro- Es claro como el agua: si algo no sale en la televisión no existe. ¿O acaso las víctimas de acá eran más importantes que las otras? De ninguna manera.

En los casos a los que se refería el ingeniero, ambos ocurridos en zonas descampadas, un albañil había fallecido en el acto mientras reparaba el techo de chapa de una precaria vivienda justo antes de que comenzara a diluviar; en tanto que dos mujeres y el pequeño hijo de una de ellas habían muerto fulminados cuando trabajaban en la cosecha de tabaco apenas terminado un temporal de lluvia y viento.

-No sé si se debió al trato que los canales de noticias le dieron al tema -retomó Sabrina-, pero yo me sentí profundamente tocada por lo que pasó acá al punto de que

decidí suspender mis vacaciones y viajé sola hasta el pueblo del que eran oriundos los chicos fallecidos para participar de la inhumación de sus restos.

-¿Sola? ¿Y tu esposo? -preguntó Claudia.

-Él se quedó acá con los chicos.

-¡Qué amor!

-Y... otra no le quedó porque a mis hijos no los podíamos llevar a un lugar así y en un momento como ése.

-Claro.

Casualmente, cuando se produjo la tragedia, el intendente del pueblo de las víctimas también se encontraba de vacaciones en Pinar del Este, por lo que inmediatamente se contactó con los familiares de los chicos fallecidos para organizar el traslado de los restos, el cual se hizo a través de un operativo desplegado por la Gobernación con un avión sanitario.

Lamentablemente, este avión debió realizar dos viajes: el primero para trasladar los cadáveres de las tres víctimas que murieron en el acto y el segundo para hacer lo propio con el cuerpo de la adolescente que había estado delicada y falleció a la mañana siguiente del hecho, antes de ser derivada a un centro asistencial de mayor complejidad.

Una vez que los restos de estos cuatro chicos estuvieron en su pueblo, donde se decretó tres días de duelo, cientos de personas participaron del velatorio que se llevó a cabo en el club de vóley local y de la ceremonia de inhumación en el cementerio municipal, en el que tampoco faltaron los periodistas de los principales medios nacionales que seguían con su cobertura.

Sabrina recordó que al llegar al cementerio vio al padre de una de las víctimas que repetía entre sollozos: “¿Por qué no me pegó a mí ese maldito rayo si yo estaba justo al lado de mi hijo?”. Tristísimo. Y, además, este pobre hombre tenía un hijo más

chico que había resultado herido en el mismo hecho y tenía comprometida la visión en uno de sus ojos. “Lo peor de todo –agregó la mujer- fue escuchar como este tipo describía cómo su hijo mayor murió en sus brazos sin que él pudiese hacer algo para evitarlo.”

En tanto, las escenas más dramáticas se vivieron en torno a la familia de la adolescente de 17 años que murió a la mañana siguiente de la caída del rayo y que tenía una hermana menor, de 11, que seguía internada en Pinar del Este, por lo que ni siquiera pudo estar presente para despedirla. “Cómo el avión sanitario no alcanzaba para todas las víctimas, esta paciente recién pudo volver a su pueblo al otro día”, comentó Sabrina y agregó que esa niña luego tuvo que atravesar un largo tratamiento para recuperarse de las lesiones que sufrió en sus miembros inferiores y que la imposibilitaron de caminar durante varios meses.

“En el cementerio me encontré también con la madre de estas dos chicas, la fallecida y la internada, que con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada me contó que la mayor estaba re contenta porque había aprobado todas las materias y no iba a tener que estudiar durante el verano, así que ella le regaló, como reconocimiento a ese esfuerzo, un celular nuevo que se perdió en la playa en medio de la conmoción”, indicó Sabrina y aclaró: “La mujer no estaba preocupada por la pérdida de dicho aparato en sí, pero lamentaba que no iba a poder conservar las fotografías que su hija había sacado junto a ella y su hermanita durante las vacaciones.”

Y mientras en aquel lejano pueblo del interior del país las escenas de dolor se multiplicaron, el balneario donde había ocurrido la tragedia permaneció cerrado, también por duelo, durante varios días y luego de los peritajes de rigor, los encargados montaron en el sector de carpas una especie de santuario en memoria de las víctimas con carteles, afiches e imágenes alusivas.

De todos modos, el recordatorio más gráfico ocurrió al inicio de la temporada de verano siguiente cuando, por disposición de la Gobernación, todos los balnearios de la costa implementaron el uso de un banderín negro con el dibujo de un rayo blanco para anunciar a los bañistas que se aproximaba una tormenta eléctrica y debían abandonar no sólo el mar, sino la playa.

Las autoridades también pusieron en práctica un sistema de alerta temprana mediante el cual el Servicio Meteorológico se contactaba inmediatamente con Defensa Civil de la Provincia y desde allí se derivaba la comunicación a todos los municipios de las zonas afectadas.

Claro que con un banderín y un sistema de comunicación más aceitado no se iba a avanzar demasiado en la prevención de casos como los de Pinar del Este cuando en otros balnearios extranjeros que debían afrontar el mismo fenómeno climático estrenaban inhibidores de rayos que en vez de atraer y capturar la descarga eléctrica la evitaba en un radio aproximado de 90 metros de la redonda.

Evidentemente, este dispositivo, con un rendimiento claramente superior al de los viejos pararrayos, era demasiado avanzado y costoso para los paradores locales que dependían de los municipios que, a su vez, destinaban sus recursos económicos y financieros a otras actividades, especialmente, a las campañas electorales.

-Lamentablemente, con los políticos que tenemos en este país, la situación no va a cambiar –señaló Pedro una vez finalizado el relato de Sabrina, quien permaneció callada, visiblemente compungida.

-El problema no son solamente los políticos –retrucó Violeta con fiereza-, sino de toda la sociedad. ¿O, acaso, los políticos nacen de un repollo o vienen de Marte? –la mujer miraba a Pedro con los ojos bien abiertos, lista para seguir discutiendo.

-Claro que no –respondió Pedro, seguro-. Pero ellos son los que mayor responsabilidad tienen. Por eso eligieron la función pública, ¿o debemos esperar que las respuestas a problemas como este las aporte el ciudadano común?

-Yo lo único que digo –retomó Violeta- es que los políticos son fruto de la misma sociedad en la que vivimos, por lo que me parece que ya es hora de que todos nosotros hagamos una fuerte autocrítica, dejemos de mirar para el otro lado o señalar con el dedo y asumamos la responsabilidad que le cabe a cada uno. Nada más.

-Justamente a eso me refiero, Viole: vos y yo no tenemos la misma responsabilidad que el político de turno.

-Seguro que no, pero, ¿sabés cuál es el problema, Peter? Que en este escenario, vos y yo haríamos lo mismo que lo que hacen los políticos corruptos si estuviéramos en el lugar de ellos.

La verdad que Violeta acaba de arrojar sobre la mesa como un mazo de naipes fue tan dura y certera que dejó mudos a todos los presentes. Y, muy probablemente, adoloridos por haber quedado cara a cara con tamaña realidad. Una realidad, que al igual que el sol, no se podía tapar con la mano, aunque muchos lo intentaban a diario.